

Año: XXX, 1989 No. 694

N. D. Este ensayo es el discurso del Sr. Jaime Córdova Zuloaga al aceptar la ORDEN DE LA DEMOCRACIA, distinción que le fue conferida por la Cámara de Representantes de Colombia, el 27 de octubre de 1989. El Sr. Córdova Zuloaga es presidente de la Sociedad de Agricultores y Ganaderos del Valle del Cauca, con sede en Cali. Esta es una contribución de uno de nuestros lectores y contribuyentes más distinguidos.

Por el triunfo de la Libertad

Por Jaime Córdova Zuloaga

En cierto momento del camino se llega a una encrucijada y es necesario tomar una decisión en cuanto a la ruta que uno quiere seguir en procura de la felicidad. Porque es de la naturaleza humana buscar la felicidad en cuanto se la percibe como un derecho inalienable. En esa búsqueda del bienestar individual y colectivo, el ser humano ensaya fórmulas diversas, da traspiés y con frecuencia llega a desesperarse y a escoger opciones insensatas.

Desde la hora en que reflexiones como estas empezaron a inquietar mi espíritu, asumí con seriedad el deber de aplicarme al análisis de las teorías que procuran organizar la vida en comunidad. Muchos de mis coetáneos y compañeros de Universidad estuvieron en situación semejante.

El mundo había sufrido cambios demasiado bruscos, inclusive violentos después de la Segunda Guerra Mundial, los conflictos bélicos de Corea y sobre todo de Vietnam, las rebeliones de una juventud contestataria que expresaba con vigor romántico su descontento ante los modelos que ya le resultaban obsoletos, los adelantos científicos y tecnológicos prodigiosos. La revolución castrista contribuyó entonces a exacerbar la polarización hacia la derecha y la izquierda, la primera con su prédica de la libre empresa y la segunda con sus principios de intervencionismo desmesurado. En una la defensa de las instituciones y los valores morales, y en otra la inconformidad extrema con el establecimiento y la visión casi mesiánica de algunos de sus seguidores.

Puedo afirmar que para mí no resultó difícil la elección personal, que estuvo sustentada por una estructura ideológica desprovista de dogmatismo y deseosa de explorar alternativas conscientes.

Algunos de mis compañeros tomaron la senda de la extrema izquierda, muy posiblemente de buena fe, engañados por una sensibilidad extrema y un anhelo sincero, a veces delirante, de luchar contra molinos de viento y deshacer entuertos.

Yo creí, como creo ahora, en las bondades de un sistema de gobiernos libres, sin rótulos de izquierda o derecha, sin dejarme llevar de ideas nacidas sólo del sentimiento momentáneo o de impulsos heroicos.

Rousseau dijo que **«si hubiera un pueblo de dioses estaría gobernado democráticamente»** y con escepticismo agregó que **«un gobierno tan perfecto no conviene a los hombres»**.

Cuando yo pienso en estas afirmaciones me parecen exageradas y aún ahora los encuentro inaceptables. Pero el mismo pensador me reconforta cuando recuerda que **«no hay gobierno que esté tan sujeto a las guerras civiles y a las agitaciones intestinas como el democrático..., a causa de que no hay tampoco ninguno que propenda tan continuamente a cambiar de forma ni que exija más vigilancia y valor para sostenerse. Bajo este sistema sobre todo debe el ciudadano armarse de fuerza y de constancia y repetir todos los días en el fondo de su corazón, lo que decía el virtuoso Palatino en la dieta de Polonia: Prefiero la libertad con peligros a la esclavitud con sosiego»**

Yo prefiero la libertad. Esa que, de acuerdo con Montesquieu, es el derecho según cual nadie puede impedirme el cumplimiento de la ley.

Entiendo bien que nuestra democracia tiene imperfecciones y necesita urgentes cambios que la conduzcan hacia un mejoramiento radical. Sé también que las dificultades de nuestro sistema se deben en esencia a fallas humanas y que las culpas no son atribuibles al sistema mismo ni a la comunidad.

Un hecho que se aprecia innegable en estos momentos es el desencanto del mundo por el sistema que hasta ahora se reputó como alternativa casi única. **El marxismo-leninismo, comunismo socialismo popular o como se le quiera llamar y sus formas de régimen totalitario están desprestigiados. Su concepción del Estado y la sociedad entró en crisis y, como dijo un conocedor, el mundo está presenciando el fracaso económico, político, social y moral de tal sistema de gobierno.**

Ahora vuelve a decirse con justicia que la mayor fuente de energía no son el átomo ni el petróleo, sino el haz de motivaciones de progreso que está en el fondo de cada conciencia, porque cada uno de nosotros es único y diferente. Y se reconoce en todo el mundo que al haber iniciativa privada, con libertad de competencia, también se dan mayores posibilidades al progreso individual y social.

El comunismo como concepto filosófico se esté derrumbando irremediablemente, y su colapso total es cuestión de tiempo. En la China, en la Unión Soviética, en Polonia, en Hungría, en la Alemania del Este, todos los cuales fueron paradigma de nuestros líderes guerrilleros, las manifestaciones antigubernamentales y en contra del sistema son cada día más osadas, y el clamor popular por la libertad y por una vida más digna se hace más sonoro.

En mi permanente afán de estudio he estado en la Cuba de Castro, en la Unión Soviética y en algunos países de la Cortina de Hierro, y he sentido pesar por el sufrimiento de pueblos maravillosos como el ruso, abrumados por la incapacidad del régimen para sacarlos de su permanente pobreza y su secular sometimiento, allí en donde tanto se ha hablado de las bondades del paraíso socialista.

Sin embargo, en Colombia y en otras naciones de Latinoamérica muchas mentes siguen obstinadamente cerradas a la realidad. Aquí todavía se pretende seguir

otorgando al Estado más funciones y robándole al individuo su libre albedrío. Quienes propugnan tales ideas no pueden estar haciéndolo de buena fe.

Quiero decir que es preciso ganar y merecer el goce de nuestros derechos. Me parece que nuestras instituciones, y nosotros como individuos, olvidamos con demasiada frecuencia nuestros deberes.

Los bienes pertenecen al género humano, y aquellos que están en manos particulares deben cumplir sus responsabilidades, porque la democracia no implica un dejar hacer-dejar pasar. Es necesario trabajar sin pausa para procurar el alivio de la pobreza de nuestras gentes. Es indispensable realizar sacrificios por el futuro. Deben incrementarse la creatividad y la iniciativa privada.

Para que la democracia, la libertad y el desarrollo sean realidades vivas, es necesaria una sincera revolución del espíritu humano.

Estas son obligaciones morales que debemos cumplir si queremos merecer una existencia digna. Y con frecuencia nos olvidamos de cumplirlas, aunque no olvidamos exigir, siempre, nuestros derechos.

Hace poco le preguntaron a Alexander Solzhenitsyn. modelo de honestidad intelectual, por qué hablaba de la decadencia moral de Occidente, y respondió:

«Ha habido progreso técnico, pero eso no significa que la humanidad haya progresado como tal. Este es un proceso muy complejo en cualquier civilización. En las civilizaciones occidentales (que solían llamarse cristiano-occidentales, pero ahora responden mejor al nombre pagano-occidentales), junto con el desarrollo de la vida intelectual y la ciencia se ha experimentado un deterioro de la base moral de la sociedad. Se han ido desvaneciendo los **«derechos»**, mientras que los **«derechos»** se han fortalecido. Pero tenemos dos pulmones. No se puede respirar con un solo pulmón dejando de lado el otro. Tenemos que preservar un equilibrio entre los derechos y los deberes. Y si esto no lo impone la ley, si la ley no nos obliga a hacerlo, entonces tenemos que controlarnos nosotros mismos. Cuando se estableció la sociedad occidental, se basó en la idea de que cada individuo debía ponerle límites a su propio comportamiento. Todos entendían qué era lo que podían hacer, y qué les estaba vedado. **La ley en sí no restringía a la gente.** Desde entonces, lo único que hemos desarrollado son derechos, derechos y más derechos, en detrimento de los deberes».

Una acotación que creo pertinente: **El Congreso de la República es, de las tres ramas del Poder Público, la más relacionada con la esencia misma de la democracia, pues mientras los Senadores y Representantes son elegidos directamente por el pueblo, los magistrados y los jueces, lo mismo que los miembros del Ejecutivo excepción hecha del presidente y ahora de los alcaldes son nombrados por personas o entidades que tienen la facultad legal para hacerlo. El Congreso, por así decirlo, hunde sus raíces en la entraña misma de la nación y no es concebible la democracia sin la existencia de las corporaciones públicas.**

No repetiré los conocidos axiomas de que el gobierno de las mayorías tiene defectos, lo cual es cierto, pero menos que el de las minorías; ni aquel tan conocido de que las Cámaras son necesarias, no sólo por lo que hacen sino también por lo que impiden hacer. Pero si recordaré que el sistema es perfectible y que es preciso defenderlo de sus principales enemigos. que son sus defectos intrínsecos.

Es preciso reflexionar por eso sobre las innegables cualidades y defectos de esta principalísima institución republicana, para estimular las unas y corregir los otros.

DEBERES SOCIALES

«Haz a los otros el bien que quisieras para ti. No hagas a otro el mal que no quieras para ti; son los dos principios eternos de justicia natural en que están encerrados todos los derechos respecto a los individuos».

Simón Bolívar, 15 de febrero, 1819